



## PROGRAMA 7

La OFUNAM continúa su Segunda Temporada 2014 trayéndonos otro de los grandes compositores favoritos del público. SERGEI RAJMANINOV es, sin duda, uno de los grandes románticos de la música, lo que aún causa extrañeza a algunos por ser un músico que vivía, tocaba y componía en las primeras décadas del Siglo XX, con un romanticismo exacerbado, a pesar de que a su alrededor la música se transformaba y encontraba insospechados caminos de renovación.

En realidad, Rajmaninov también tuvo un espíritu modernista, pero si analizamos su música descubrimos que sus obras más populares como el Segundo Concierto y el Tercer Concierto para piano y una de las variaciones de la Rapsodia sobre un tema de Paganini fueron compuestas para su propio lucimiento como pianista, pues en su tiempo era uno de los grandes virtuosos, con una gran carrera internacional que le exigía tocar en un estilo que complaciera el gusto de sus seguidores.

Muchas de sus grandes obras para piano solo que algunos incluyen entre sus creaciones más importantes también corresponden a las formas y al espíritu romántico del Siglo XIX. Y casi toda su obra orquestal, como la grandiosa e insuperable Segunda Sinfonía son producto de esa necesidad de expresarse con un caudal de sentimientos románticos desbordados.

Sin embargo, resulta curioso descubrir que en sus últimas obras Rajmaninov desarrolló un estilo más evolucionado y complejo, sin abandonar, por supuesto, su espíritu romántico y melódico. En sus últimas décadas de vida, aproximadamente desde 1915, Rajmaninov dejaba de componer obras importantes en diversas etapas de varios años cada una, en las que escribía sólo canciones y piezas pequeñas para piano. En sus últimos 17 años de vida, entre 1926 y el año de su muerte, 1943, sólo compuso 6 obras: el Cuarto concierto para piano (1926), Tres canciones rusas (1927), Variaciones sobre un tema de Corelli (1931), Rapsodia sobre un tema de Paganini (1934), la Tercera Sinfonía (1936) y Danzas sinfónicas (1940).

Danzas sinfónicas es la última creación terminada por este gran compositor y sin duda, como sucede también con todas las obras mencionadas, deslumbra por su absoluta madurez y profundidad que rebasa los alcances de su título. Es mucho más que “tres danzas”, es mucho más que una posible y original sinfonía, como algunos han querido ver en ella. Poseedor de un dominio total de la orquestación, Rajmaninov recrea una sonoridad brillante y espectacular que se renueva en cada pasaje y como su nombre sugiere, está llena de ritmos de danzas que, sin embargo, están disimuladas por su grandioso ropaje orquestal y el sorprendente desarrollo.

Sin duda, es una obra que gana cuando se ha podido escuchar repetidas veces. Ahí están las síncopas y el sabroso saxofón que sugieren el mundo del jazz (Rajmaninov vivió en E.U. sus últimos años) en el primer movimiento, de gran fuerza e imaginación. Aun con su carácter nocturnal, en el segundo movimiento descubrimos que la danza que lo domina es un vals fantasmal y nostálgico.

En el conclusivo movimiento final (especie de variaciones sobre el inefable tema del Dies irae gregoriano alusión a la muerte que el autor cita en varias de esas obras finales, como lo había hecho tempranamente en la Primera sinfonía y en La isla de los muertos) nos apabulla con su intenso empuje rítmico y fuerza dramática. Es el final impresionante de una admirable carrera creativa. Para “conducir” a la OFUNAM en una obra tan significativa y compleja, nadie mejor que el director serbio BOJAN SUDJIC, quien ya es un antiguo conocido del público de la Sala Nezahualcóyotl y de la Orquesta Universitaria, la cual, hace algunos años, lo consideró un posible candidato a la dirección artística de la misma.

Sudjic y la OFUNAM nos tendrán un emotivo regalo, que podría haber sido un maravilloso “encore”, que en este caso estará al principio del programa. Se trata de una pequeña joya del propio Rajmaninov, la pieza llamada Vocalise, que debe su nombre a una de las bellísimas canciones del gran creador ruso, en la cual la voz de una soprano “vocaliza” sin texto una inolvidable melodía. Ante la aceptación que tuvo la canción, el propio compositor realizó una transcripción para orquesta e incluso, una versión para soprano y orquesta, adelantándose a los numerosos arreglos que después se hicieron para todo tipo de combinaciones instrumentales, incluso otras versiones orquestales.

El próximo par de conciertos de la OFUNAM complementa su programa con una obra trascendental, el Concierto para violonchelo del compositor mexicano RICARDO CASTRO, terminado y estrenado en París en 1902, antes de que fuera tocado en otras ciudades de Europa. Es preciso destacar que éste fue el primer concierto para violonchelo compuesto en México (así como también Ricardo Castro fue el autor del primer concierto para piano, estrenado en Amberes, en 1904) y de la primera sinfonía que se compusieron en México o por un músico mexicano.

Esta gran obra está pensada como un gran concierto característico del periodo romántico, con la estructura musical y los bellos temas de las grandes obras del género; no hay que olvidar que Castro fue un gran melodista y poseedor de un espíritu profundamente romántico. Pero además, Castro se dio el lujo de hacer una obra novedosa en más de un aspecto, como la cadenza del violonchelo que sirve de puente entre los dos primeros movimientos, el segundo de éstos, una original serie de variaciones sobre un tema y el alegre desarrollo de la última sección, digna de un finale típico del siglo XIX. El solista en esta ocasión será el eminente violonchelista peruano JESÚS CASTRO BALBI, ganador de varios concursos y solista habitual de importantes orquestas internacionales.

Nuevamente la OFUNAM lleva la vanguardia en su programación, solistas y directores de primer rango, además de su excelencia de interpretación orquestal. No

hay que perderse este programa con lo más depurado y avanzado de la quinta esencia del Romanticismo musical SERGEI RACHMANINOV y RICARDO CASTRO.